

LOS CAMINOS DE LA IDENTIDAD ITALIANA Y LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

POR

OSCAR SANGUINETTI (*)

El camino de la identidad italiana comienza desde el sentimiento impalpable pero difuso de pertenecer a una única entidad moral que caracteriza a la Italia anterior al *risorgimento*. Pero para redescubrir qué significa ser italiano, es necesario asomarse sobre la memoria histórica de los pueblos de la península y releerla íntegramente, buscando en ellos la verdad, sin omitir tiempos y realidades desagradables.

Los recientes vientos de guerra han relanzado con fuerza el problema de la nacionalidad, o sea, de la identidad de los pueblos y de la unión entre esta identidad y las raíces religiosas.

(*) Oscar Sanguinetti (Milán, 1949), es miembro de *Alleanza Cattolica*, historiador, director del *Istituto Storico dell'Irisorgimento e per l'Identità Nazionale* (ISIIN) y de su revista *Annali Italiani*; autor de diversas obras sobre la resistencia a la Revolución francesa en la península italiana, como *Le insorgenze contro l'rivoluzione in Lombardia* (Piacenza, 1996) o *Il maggiore Branda de' Lucioni e la Massa Cristiana* (en colaboración con Marco Albera, Turín, 1999), de los estudios preliminares a las reediciones de las obras de Lazzari (*La sommossa e il sacco di Lugo nel 1796*, Faenza, 1996) y de Lombroso (*I moti popolari contro i francesi alla fine del secolo XVIII [1796-1800]*, Milán, 1997), y de una excelente obra de análisis historiográfico, *Guida Bibliografica dell'Irisorgimento in Lombardia (1796-1814)* (en colaboración con Chiara Barbesino y Paulo Martinucci, Milán, 1999).

El artículo que publicamos, traducido por Francisco Javier de Mendoza y revisado por su autor, apareció, sin notas, en dos entregas, en *Il Corriere del Sud*, bajo los títulos de *L'Identità Italiana e suoi percorsi* (año X, núm. 18, 1-15 de noviembre de 2001) y de *Ricerca storica e identità* (año X, núm. 21, 16-30 de diciembre de 2001) (N. R.).

Efectivamente, si miramos la realidad de la Italia de estos años, se pone de manifiesto que el sentimiento de la italianidad se difumina cada vez más y que el vínculo entre sujetos copartícipes de una misma realidad institucional y política, que no protagonistas de una historia común solidariamente sedimentada, ha ido decreciendo.

Los italianos de hoy por falta de oportunidad o de desafíos más serios —no me atrevo a decir que esté claro que tengan que descubrir las diferencias de nacionalidad como probablemente las descubrió mi padre bajo las granadas británicas en África septentrional en 1940—, recuerdan que son italianos en el momento de las confrontaciones futbolísticas internacionales y, aunque cada día con menor interés, cuando alguno, desde lo alto de la Colina, se mueve para colocar una corona de laurel a este o aquel monumento con ocasión de cualquier evento.

No se trata de una novedad, es cierto, pero creo que vale la pena detenerse un momento para tratar de comprender, sin entrar en detalles, el porqué.

El camino recorrido por la identidad italiana arranca desde el sentimiento impalpable pero difundido de pertenecer a una única entidad moral que caracteriza a la Italia *pre-risorgimentale*. Después de Porta Pía se pasa, por el contrario, a una identidad sustancialmente alternativa, secularizada y moderna, elaborada en un despacho y sobre bases ideológicas, desarraigadas del dato natural y del pasado —la identidad determinada por la herencia—, para ser proyectada hacia un futuro ideal que, con independencia de las matizaciones, es la democracia, la *grandeur* nacional, el socialismo (1). Tal visión presupone obligatoriamente, tanto la alteración de la memoria histórica reciente y menos reciente, como la escuela como instrumento de su transmisión al pueblo.

(1) Me he ocupado con más amplitud de la elaboración de una identidad mitológica mediante el uso inadecuado de la historiografía en mi ensayo "Lecture del Risorgimento: una panoramica (1815-2000)" en Massimo VIGUONE (Ed.), *La Rivoluzione Italiana. Storia critica del Risorgimento*, Il Minotauro, Roma, 2001, págs. 379-416.

La situación en que vive Italia hasta cerca de los comienzos del primer conflicto mundial ve la contraposición entre dos culturas, la de la Italia "oficial", "progresista" y secularizada, y la de la Italia de siempre, cuyas raíces se adentran en la noche de los siglos. Italia se encuentra de hecho dividida, según una feliz expresión, en un "país legal" —la minoría que posee el poder político, cultural y económico— y en un "país real" —las clases medias y populares, esto es, la mayoría de los italianos de los campos y ciudades entre quienes está todavía viva la tradición religiosa y civil preunitaria (2).

Será necesaria la colosal amalgama puesta en marcha por la primera guerra mundial, que moverá masas nunca vistas de italianos desde su tierra de origen al frente, la mezcla de identidades locales en las trincheras y en el temple de los combates —así como la definición de las ideologías modernas a través de la prensa y el activismo político entre las masas campesinas y obreras—, para reducir la brecha entre la clase política liberal-monárquica salida de la unificación y las masas católicas y socialistas.

Será el fascismo, a través del mito del Piave y de Vittorio Veneto, el que venga a corroborar más intensamente la imagen de la Italia surgida del *risorgimento* y a dar el mayor impulso a la "nacionalización de las masas" italianas. Pero será la guerra por ellos desencadenada y perdida, con los horrores de los bombardeos y de la guerra civil, y sobre todo el hundimiento del Estado el 8 de septiembre de 1943, la que dé el golpe más duro a esta concepción de Italia, sustancialmente artificial y en antítesis con su pasado.

Italia resurge herida pero no muerta de las ruinas de la derrota y se levanta de nuevo, poco a poco, no gracias a la monarquía exiliada, ni al ejército, durante muchos años en una condición de "menor de edad" y de sospecha, ni tampoco gracias a las ideologías *risorgimentali* —también vuelven como sirenas desplega-

(2) Ambos términos, en seguida célebres, fueron empleados por vez primera por el político católico-liberal Stefano JACINI (1826-1891); cfr. *IDEM, Sulle condizioni della cosa pubblica in Italia dopo el 1866*, Civelli, Florencia, 1870.

das—, sino en virtud de sus propias raíces atávicas que ni siquiera el 8 de septiembre han podido desarraigar: su sentido religioso cristiano, la creatividad de los estamentos sociales emprendedores, la laboriosidad de sus clases trabajadoras, la honestidad de las costumbres, la calidad de sus escuelas, la firmeza de la institución matrimonial, la natalidad (3).

Pero también se retorna a la vieja identidad ideológica —integrada por el nuevo mito cosmético de la resistencia— en la Italia republicana y de ella parecen olvidarse más o menos todos: los que están en la militancia de partido, en el patriotismo de campanario, como forofos del fútbol, en los primeros delirios de la canción y en los *quiz* televisivos. La Italia de Porta Pía, del Piave y de los partisanos, cae cada vez más en el olvido y su memoria poco a poco se apaga: signos tangibles de ello son la desaparición de las paradas y de los uniformes militares y el tricolor arrinconado en los trasteros. Sólo después de 1968 se asistirá a un *revival* del mito del *risorgimento* pero casi exclusivamente limitado a la última parte, la partisana, utilizada por los comunistas para propiciar la aventura de la "Italia roja" e internacionalista (4).

Al final de los años setenta, la liquidación de la contestación juvenil abre —como se dice— amplios campos al olvido y al pasotismo (5). La mayor parte de los italianos demuestran no interesarse por la política —olvidando que la política, de otro lado, se interesa por ellos ¡y de qué modo!— y ni siquiera se pre-

(3) Sobre la tragedia del 8 de septiembre y su denominación como "muerte de la patria", pueden verse observaciones de Ernesto GALLI DELLA LOGGIA, *La morte della patria. La crisi dell'idea di nazione tra Resistenza, antifascismo e repubblica*, Laterza, Bari-Roma, 1996.

(4) Un agudo intérprete de la Italia de la segunda postguerra ha sido el escritor y humorista Giovanni Guareschi (1908-1968) —un inventor de los famosos personajes de "don Camilo" y del alcalde comunista "Pepone"—, quizá el único, que en sus numerosas obras literarias, expresó los sentimientos y el *ethos* de aquella componente "moderada" y creyente de la sociedad, heredera implícita de los valores de la Italia prerevolucionaria.

(5) Sobre la cuestión, cfr. Giovanni CANTONI, *La lezione italiana. Premesse, manovre e riflessi della politica di "compromesso storico" sulla soglia dell'Italia rossa*, Cristianità, Piacenza, 1980, págs. 159-164.

guntan ¿quién soy?, ¿qué quiere decir ser italiano?, ¿por qué "tengo que trabajar?", o ¿por qué en el entreacto del patriotismo nacional se ha introducido el patriotismo europeísta o de partido o simplemente deportivo?: la identidad italiana "convencional" toca así su punto más bajo.

Después de la caída del muro en el 89, ni siquiera la provocación objetiva constituida por la revalorización de las identidades locales en clave política o cultural, hecha por los legalistas y los neolegitimistas, llega a reanimar esta forma de identidad, pero, es más, le inflige golpes cada vez más duros, ante los que sólo reacciona algún intelectual —más de izquierdas que de derechas— o algún funcionario del Estado.

Hoy ha llegado el momento de afrontar el problema de esta identidad agotada: un Estado moderno no puede vivir con un sentimiento de la identidad nacional tan exangüe. El momento es tan propicio como obligado. De un lado, no existe ya la presión de los bloques ideológicos contrapuestos; es más, las mismas ideologías modernas están en crisis profunda, mientras que de otro, se imponen siempre más insistentemente las desconfianzas del tercer milenio: una guerra, de carácter mundial, en curso, en la cual debemos alinearlos sabedores que hay que defender, a través de la lucha al terrorismo islámico, también, nuestra especificidad nacional; la necesidad de transmitir a las jóvenes generaciones los valores por los cuales valga la pena gastar —no necesariamente dar— la propia vida; la construcción de Europa. Pero también, y quizás sobre todo, la necesidad de responder adecuada y auténticamente a los nuevos huéspedes de nuestra sociedad que vienen de lugares lejanos y de culturas muy distintas a la nuestra y que quieren aprender a llegar a ser, en pocos meses, italianos. ¿Qué les diremos? ¿Que somos italianos porque se lo debemos a Mazzini y a Garibaldi? ¿Porque seguimos la misma liga de fútbol? ¿Porque Italia es la Ferrari y los vinos de Montalcino? O también ¿porque somos hijos de la civilización de Roma y de aquél *unicum* extraordinario constituido por la civilización cristiana medieval, esto es, la romanidad vivificada por el cristianismo y por el genio germánico? ¿Porque somos hijos primogénitos de la Iglesia Católica que por ello en Italia ha colo-

cado su Santa Sede? ¿Porque tenemos dos milenios de historia común, incluidos los siglos *ix* y *xx* —pero sin ninguna exclusividad— plasmados en el dulce paisaje que tanto aman los extranjeros?

Pero para redescubrir qué significa ser italianos es necesario inclinarse sobre la memoria histórica de los pueblos de la península y releerla en su totalidad, buscando la verdad sin excluir tiempos y realidades desagradables, evitando repetir molestos lugares comunes y sin prejuicios ideológicos. Cada cual deberá, quizás, renunciar a algún elemento de "su" lectura de la historia italiana, a la cual es más proclive, deberá quizás abdicar un poco de sí mismo para tratar de contribuir hasta donde sea posible —los límites son las capacidades de la ciencia histórica, no otra cosa— a una visión común de nuestra memoria histórica. Sólo así —sobre todo no contraponiendo en clave polémica los nuevos descubrimientos históricos que se unirán a la visión convencional— se podrán restañar las heridas que históricamente han dividido a los italianos para afrontar con un nuevo estilo los problemas del tercer milenio cristiano.

Es necesario, pues, recuperar el sentido de nuestra identidad de nación, de volver a dar un significado a la italianidad —propiedad o cualidad de ser italianos— si queremos enfrentarnos como sujetos y no como objetos a los desafíos que nos esperan en este comienzo de milenio.

Esta recuperación requiere, prioritariamente, un enérgico trabajo de reconstrucción —casi con los instrumentos y con el espíritu del cirujano no meramente "estético" sino "plástico"— de una memoria histórica lo más ampliamente posible compartida y el abandono simétrico de los prejuicios ideológicos, incluso en el campo historiográfico, donde parece que más se resisten a morir.

Para ello, estoy convencido de que la obligación debe recaer no sólo sobre los historiadores profesionales, sino sobre una parte de la sociedad —por decirlo así— más amplia que debe contribuir al resultado. Ante todo, se deberá encaminar la búsqueda hacia las áreas hasta ahora invadidas por *tabúes* ideológicos de signo diverso. Se deberá volver a iluminar con programas apropiados de investigación y de elaboración historiográfica las

páginas olvidadas de la historia italiana, sobre todo de la edad contemporánea —o tardo-moderna, según la acepción anglosajona— repasando en particular los ensamblajes críticos, los momentos en los cuales la identidad italiana ha estado más cuestionada. Aludo, entre tantas páginas escritas con densas lentes ideológicas o “suprimidas” *tout a court*, al gran momento de las insurgencias populares antirrevolucionarias de los años a caballo entre el siglo dieciocho y diecinueve, verdadero y propio papel tornasolado de la identidad italiana “profunda” (6).

Me refiero, también, al *Risorgimento*, que todavía espera que sea rota la costra con que lo recubrió la ideología y la necesidad de una mitología fundadora del Estado unitario. Aludo, finalmente —pero, repito, son sólo algunos aspectos-clave de la historia italiana—, al período fascista y a los dos dramáticos conflictos mundiales. Sobre estas realidades no se puede decir que una revisión de perspectiva —gracias al trabajo anticipado de Renzo de Felice (7)— no se haya logrado.

De la *Insorgerza*, falta, todavía, una descripción que restituya una imagen auténtica y completa de ella, pues hoy se asemeja a un iceberg del que se ve sólo la octava parte, la emergida; mientras que del *Risorgimento* aún falta una relectura global y equilibrada que, finalmente, de razones, no tanto de las razones de los vencedores y tampoco *per diametrum* de los errores sufridos por los vencidos —lo que también debería hacerse— sino de cómo la Italia moderna ha sido construida, con *todas* sus luces y sus sombras.

El fascismo y las guerras mundiales, por último, son, quizás, las realidades de las que más se ha modificado la imagen convencional —que, en el caso del fascismo, era una imagen abiertamente demoníaca—, si bien, en este caso, debido a que se ha venido recopilando una mole extraordinaria de nuevos docu-

(6) Sobre la *Insorgerza* italiana, véase, entre otros, Oscar SANGUINETTI (Ed.), *Insorgenze antigiacobine in Italia (1796-1799). Saggi per un bicentenario*, Istituto per la Storia delle Insorgenze, Milán, 2001.

(7) Véase, sobre todo, su monumental biografía de Benito Mussolini (1883-1945) en siete volúmenes, Einaudi, Turín, 1995.

mentos, gracias a la apertura de los archivos del exterior, que, sin embargo, todavía exige una elaboración correcta. Y esta reorientación de la investigación histórica debe traducirse en un adecuado número de cursos y de seminarios y, además, en el trabajo que las sutiles indagaciones de las tesis doctorales permiten realizar y reflejarse en las publicaciones académicas. Pero el camino-clave, el más fundamental, tiene que ser la escuela.

Los nuevos elementos historiográficos deberán abrir brecha en los planes de formación de los docentes de las escuelas superiores, modificar coherentemente los juicios expresados en la didáctica, y, además, informar los textos de historia destinados a los estudiantes. Sólo así, al menos a medio plazo, el "sentido común" de los italianos vendrá, podrá depurarse de las escorias sedimentadas por las ideologías modernas. Nada impide que el Estado —en la parte que las auspiciadas reformas liberalizadoras de la escuela le atribuyan como competencia suya— pueda y deba enseñar una historia orientada a la educación cívica; pero el "mito" deberá renovarse y no reducirse tan sólo a una cadena de opacos lugares comunes en los que ya nadie cree.

El trabajo del historiador logrará un escaso fruto si no se desarrolla en colaboración con otras dos importantísimas fuerzas: el mundo de los *mass media*, en todas sus derivaciones, y la política, o mejor dicho, más que la política cultural, aquella esfera pre-política en la que maduran las ideas de quién deberá después legislar.

En el mundo de los medios de comunicación será necesario un trabajo de sensibilización no pequeño, que creo será propiciado más que por las "ganancias", por los gustos y tendencias de los lectores, cada vez más ajenos a las brumas ideológicas, que por la inspiración de los consagrados al trabajo.

El mundo político estará interesado en la operación por otras razones. No sólo en el caso de que tome de nuevo el proceso de reconstrucción de la República después de las desilusiones de la pasada legislatura, sino por las promesas hechas en este sentido por las fuerzas políticas actualmente en el gobierno. Pero también pesa la problemática objetiva de la actual estructura estatal y la necesidad de responder a los desafíos de un localismo no

raramente ideológico y malsano junto al que se sitúa la necesidad de "ir a Europa" y, todavía más apremiante, de integrar en la comunidad nacional a los "nuevos bárbaros", en el sentido griego, o bien a los extranjeros, sean extranjeros auténticos, o bien los inmigrantes, o también los "nuevos bárbaros", como lícitamente se pueden teñir las generaciones de italianos, las cuales, si bien menos numerosas, se asoman ininterrumpidamente sobre la escena deseosas de culturización.

Todos estos desafíos políticos —y no son pocos— no podrán afrontarse sin un replanteamiento profundo de los elementos fundamentales de la nacionalidad italiana. La nueva república no podrá fundarse sobre trazos de identidad incompletos y superados, que tal vez servían para la primera mitad del siglo XIX, pero que hoy, francamente, producen risa, ni se realizará persistiendo en contraponer, frente a frente, soluciones antitéticas, fundadas en lecturas conflictivas, y en parte falseadas, de la historia italiana.

Tampoco podrá presentarse a los nuevos italianos "naturales" o "voluntarios" un rostro de la italianidad con perfiles alterados por un maquillaje espeso y ya deshecho, o bien descoloridos al punto de ser prácticamente insignificantes. Para encontrar el terreno común será necesaria previamente, quizás, una asamblea constituyente, una "convención" —en el sentido de *convention*— en la que los exponentes culturales —que no coinciden necesariamente con el intelectual, más o menos "orgánico" —expresión de las dos áreas políticas que se alternan más o menos fluidamente en el gobierno del país, den vida a un debate serio y sin prejuicios, que se atenga a los datos de hecho y a las mejores elaboraciones históricas y vuelva a dar una especie de "patente de identidad" del sujeto "Italia", en el cual se reconozcan todas las fuerzas culturales que hoy tienen relevancia en la comunidad italiana. Una patente que sirva como *input* para quien deberá corregir a fondo las leyes fundamentales de la República y para los formadores. Resulta obvio que en tal perspectiva cada cual deberá estar dispuesto a renunciar a "sus" parcelas de historia o a "sus" lecturas de los hechos que saldrán redimensionados por una investigación sistemática seria y por la exigencia primaria del consenso. Ciertamente no será fácil renunciar a auténticos "trozos

del corazón", a los que se ha estado unido y por los cuales se ha vivido tal vez años y años, bien particularmente o como miembro de un partido o seguidor de un pensamiento. ¿Es una visión demasiado optimista y quizás utópica? Tal vez. Pero para intentar volver a fundar *ordinariamente* una identidad nacional acorde con los tiempos no veo otro camino que no sea el intervenir allá donde se produce y se difunde la cultura nacional —que no consiste sólo en los libros, sobre todo si están empolvados, sino en el juicio vital sobre sí mismos y sobre el mundo— y donde se alimenta la política. La alternativa —que no deseo ni auspicio— es una ulterior consumación y quizás una explosión espontánea de la que resulta difícil entrever sus formas y consecuencias, o bien la recuperación "forzada" de la identidad impuesta por presiones *extraordinarias* y sin duda menos indoloras.